

## Leslie Marmon Silko\*

Textos de *Storyteller* relacionados con la leyenda de la *mujer amarilla*.

### ***Lo que el hombre torbellino le dijo a Kochininako, mujer amarilla***

Yo mismo pertenezco al viento  
y así es, viajaremos velozmente  
este mundo entero  
con polvo y con tormentas de viento.

### ***Mujer amarilla***

Mis muslos se aferraron a los suyos con humedad y vi levantarse el sol a través de los alerces y los sauces. Los pajaritos marrones venían del río y daban saltitos en el barro, dejando rasguños en la costra de un blanco álcali. Se bañaban en el río en silencio. Podía oír el agua, casi a nuestros pies donde el canal angosto y rápido burbujeaba y lavaba el verde musgo desgredado y las hojas de los helechos. Lo miré junto a mí, enrollado en la manta roja sobre la blanca arena del río. Me limpié la arena de entre los dedos de los pies, frunciendo los ojos porque el sol estaba encima de los sauces. Lo miré por última vez, durmiendo en la blanca arena del río.

Tenía hambre y seguí por el río hacia el sur por el camino en que habíamos llegado la tarde anterior, siguiendo nuestras huellas que ya estaban borrosas por los senderos de las lagartijas y los caminitos de los insectos. Los caballos todavía estaban tirados, y el alazán relinchó al verme, pero no se levantó; quizás porque el corral estaba hecho de ramas gruesas de cedro y los caballos no habían sentido todavía el sol como yo. Traté de ver más allá de las pálidas mesas rojas hacia el *pueblo*<sup>1</sup>. Sabía que estaba allí, incluso si no podía verlo, sobre la colina de areniscas sobre el río, el mismo río que se movía a mi lado y había reflejado la luna la noche anterior.

El caballo sintió el calor debajo de mí. Sacudió la cabeza y pateó la arena. El bayo relinchó y se recostó contra el portón tratando de seguirnos, y me acordé de él dormido en la manta roja junto al río. Desvié el caballo a un lado y lo até cerca del otro, caminé hacia el norte con el río de nuevo, y la arena blanca se deshizo en huellas sobre huellas.

“¡Despierta!”

Se movió dentro de la manta y giró la cabeza hacia mí con los ojos aún cerrados. Me arrodillé para tocarlo.

“Me voy.”

Sonrió ahora, los ojos aún cerrados. “Vienes conmigo, ¿recuerdas?” Se sentó entonces con su pecho oscuro desnudo al sol.

“¿Adónde?”

“A mi casa.”

“¿Y yo me vuelvo?”

Se puso los pantalones. Me alejé caminando, sintiéndolo detrás de mí y oliendo los sauces.

“Mujer amarilla,” dijo.

Di vuelta la cara hacia él. “¿Quién eres?”, pregunté.

---

\* Traducción de Gabriel Matelo para uso interno de la cátedra.

<sup>1</sup> Las palabras “mesa” (como tipo orográfico) y “pueblo” están en español en el original.

## Literatura Norteamericana

Se rio y se arrodilló en la ribera baja de arena, lavándose la cara en el río. “Anoche adivinaste mi nombre, y supiste por qué vine.”

Miré el agua detrás de él, poco profunda, moviéndose, y traté de recordar la noche, pero sólo pude ver la luna en el agua y recordar el calor de su cuerpo a mi alrededor.

“Pero sólo dije que eras él y que yo era Mujer Amarilla. No lo soy en realidad. Tengo mi propio nombre y vengo del pueblo al otro lado de la mesa. Tu nombre es Silva y eres un extraño que encontré junto al río ayer a la tarde.”

Se rio levemente. “Lo que pasó ayer no tiene nada que ver con lo que hagas hoy, Mujer Amarilla.”

“Ya lo sé, eso es lo que digo. Las viejas historias acerca del espíritu de ka'tsina y Mujer Amarilla no pueden ser acerca de nosotros.”

A mi bisabuelo le encantaba contar esas historias. Hay una acerca del Tejón y el Coyote que se fueron a cazar y anduvieron todo el día, y cuando el sol se ponía encontraron una casa. Había una niña viviendo allí sola, y tenía el pelo y los ojos claros y les dijo que podían quedarse a dormir allí con ella. El Coyote quería quedarse con ella toda la noche de modo que mandó al Tejón a un agujero de perro de las praderas, diciéndole que pensaba que había visto algo en él. En cuanto el Tejón se metió en el agujero, el Coyote bloqueó la entrada con rocas y se apuró a volver con Mujer Amarilla.

“Ven”, dijo suavemente.

Me tocó el cuello y me acercó a él para sentir su aliento y oír su corazón. Yo me preguntaba si Mujer Amarilla había sabido quién era; si sabía que se volvería parte de las historias. Quizás había tenido otro nombre con el que su esposo y sus parientes la llamaban de modo que sólo el ka'tsina del norte y los contadores de historias la conocieron como Mujer Amarilla. Pero no seguí; lo sentí a mi alrededor, empujándome hacia la blanca arena del río.

Mujer Amarilla huyó con el espíritu del norte y vivió con él y sus parientes. Se fue por mucho tiempo, pero entonces un día volvió y trajo dos niños gemelos.

“¿Conoces la historia?”

“¿Qué historia?” Sonrió y me atrajo más hacia sí al decirlo. Tuve miedo al recostarme allí sobre la manta roja. Todo lo que podía saber era cómo se sentía él, cálido, húmedo, su cuerpo junto a mí. Así es cómo pasa en las historias, recapacitó, sin pensar en nada más allá del momento en que se encuentra con el espíritu de ka'tsina y se van.

“No tengo por qué ir. Lo que cuentan en las historias fue real sólo entonces, allá en el tiempo inmemorial, como dicen.”

Se puso de pie y señaló mis ropas entrelazadas con la manta. “Vamos”, dijo.

Caminé a su lado, respirando fuerte porque caminaba rápido, su mano en mi cintura. Dejé de tratar de separarme de él, porque su mano se sentía fresca y el sol estaba alto, secando el lecho del río en álcali. Veré a alguien, eventualmente veré a alguien, y entonces estaré segura de que es sólo un hombre, un hombre de por aquí cerca, y estaré segura de que no soy Mujer Amarilla. Porque ella viene del pasado y yo vivo ahora y he ido a la escuela y hay carreteras y camionetas que Mujer Amarilla nunca vio.

Fue un paseo cómodo a lomo de caballo hacia el norte. Noté a lo largo del río el cambio de los álamos en enebros rozándonos al pasar por las estribaciones y finalmente hubo sólo piñones, y cuando miré hacia la orilla de la altiplanicie pude ver pinos creciendo en los bordes. Me detuve un momento a mirar abajo, pero la arenisca pálida había desaparecido y el río se había ido y había

## Literatura Norteamericana

colinas de lava oscura a nuestro alrededor. Me tocó la mano, sin hablar, pero siempre cantando despacito una canción de las montañas y mirándome a los ojos.

Tenía hambre y me pregunté qué estarían haciendo ahora en casa, mi madre, mi abuela, mi esposo, y el bebé. Haciendo el desayuno, diciendo: “¿A dónde se fue?, quizás la secuestraron.” Y recurriendo a la policía tribal con los detalles: “Se fue caminando por el río.”

La casa estaba hecha con rocas de lava negra y barro rojo. Estaba muy por encima de las millas y millas de arroyos y largas mesas. Sentí el olor montañés a picea y arbustos. Me quedé junto al alazán, mirando el pequeño y tenue país por el que íbamos pasando, y me estremecí.

“Mujer Amarilla, ven adentro que está cálido.”

Encendió el fuego en la estufa. Era una estufa vieja con panza redonda y una cafetera esmaltada encima. Sólo había una estufa, unas desvaídas mantas navajo, una cucheta y una caja de cartón. El piso estaba hecho de adobe alisado, y había una pequeña ventana que daba al este. Señaló la caja.

“Hay papas y una sartén.”

Se sentó en el piso con los brazos alrededor de las piernas empujándolas hacia su pecho y me miraba freír las papas. No me importó que me mirara porque siempre estaba mirándome; me había estado mirando desde que lo encontré sentado en la ribera del río cortando hojas de ramitas de sauce con un cuchillo. Comimos de la sartén y se limpiaba la grasa de los dedos en sus Levis.

“¿Has traído a otras mujeres aquí?”

Sonrió y siguió masticando, entonces dije: “¿Siempre usas los mismos trucos?”

“¿Qué trucos?” Me miró como si no entendiera.

“La historia de ser un ka'tsina de las montañas. La historia acerca de Mujer Amarilla.”

Silva se quedó en silencio; su rostro estaba calmo.

“No lo creo. Esas historias no podrían ocurrir ahora”, dije.

Negó con la cabeza y dijo despacio: “Sin embargo algún día hablarán de nosotros, y van a decir: ‘Esos dos que vivieron hace tanto tiempo cuando cosas así pasaban.’”

Se puso de pie y salió. Comí el resto de las papas y pensé sobre todo esto, sobre el ruido que hacía la estufa y el sonido del viento de montaña afuera. Recordé ayer y el día anterior, y luego salí.

Pasé por el corral hacia el costado donde el sendero angosto corta a través de la roca negra. Estaba parada en el cielo sin nada más alrededor que el viento que bajaba del pico azul de la montaña detrás de mí. Podía ver imágenes vagas de montañas a la distancia por millas a través de la vasta extensión de mesas y valles y llanuras. Me pregunté quién estaba allí sintiendo el viento de montaña en esos precipicios azules a pique, quién camina sobre las agujas de pino en esas montañas azules.

“¿Puedes ver el pueblo<sup>2</sup>?” Silva estaba de pie detrás de mí.

Negó con la cabeza. “Estamos demasiado lejos.”

“Desde aquí puedo ver el mundo.” Se acercó al borde. “La reservación navajo comienza allá.” Señaló el este. “Los límites de los Pueblo están ahí.” Miró debajo de nosotros hacia el sur, de donde parecía llegar el sendero estrecho. “Los tejanos tiene sus ranchos allá, donde comienza el valle, el Valle de Concho. Los mejicanos tienen ganado allí también.”

---

<sup>2</sup> ‘pueblo’ en español en el original.

## Literatura Norteamericana

“¿Trabajas para ellos?”

“Les robo”, contestó Silva. El sol caía detrás de nosotros y las sombras estaban llenando el terreno al pie. Me aparté del borde que caía constantemente al valle debajo.

“Tengo frío”, dije. “Voy adentro.” Comencé a preguntarme acerca de este hombre que podía hablar el idioma de los Pueblo tan bien pero que vivía en la montaña y robaba ganado. Decidí que este hombre Silva debía ser navajo, porque los hombres Pueblo no hacían cosas como ésta.

“Debes ser Navajo.”

Silva dijo no con la cabeza suavemente. “Pequeña Mujer Amarilla”, dijo, “nunca te das por vencida, ¿no es cierto?” ya te dije quién soy. El pueblo navajo me conoce también.” Se arrodilló y desenrolló la cucheta y extendió las mantas sobre un trozo de lona. El sol se había puesto y la única luz en la casa venía de afuera, la tenue luz naranja del anochecer.

Me quedé parada y esperé que él se metiera entre las mantas.

“¿Qué esperas?”, dijo, y me acosté también. Me desvestió lentamente como la noche anterior junto al río, besándome la cara con suavidad y pasando sus manos por mi vientre y mis piernas. Se sacó los pantalones y luego río.

“¿De qué te ríes?”

“De tu respiración fuerte.”

Me separé y le di la espalda.

Me dio la vuelta y me sujetó entre sus brazos y el pecho. “No entiendes, ¿no es cierto?, pequeña Mujer Amarilla. Vas a hacer lo que yo quiera.”

Y de nuevo estaba alrededor con su piel resbalosa contra la mía, y tuve miedo porque comprendí que su fuerza podía lastimarme. Me quedé debajo de él y supe que podía destruirme. Pero después, mientras dormía a mi lado, le toqué el rostro y tuve esa sensación, la misma sensación por él que me dominó esa mañana junto al río. Lo besé en la frente y él me abrazó.

Cuando me desperté por la mañana se había ido. Me sentía extraña ya que por mucho tiempo me quedé sentada sobre las mantas y busqué alrededor en la pequeña casa algunos objetos suyos, alguna prueba de que había estado allí o quizás de que volvería. Sólo quedaban las mantas y la caja de cartón. Faltaba el .30-30 que estaba apoyado en el rincón, y también el cuchillo que había usado la noche anterior. Se había ido y yo tenía la oportunidad de irme también. Sin embargo, primero tenía que comer, porque sabía que iba a ser un largo camino hasta mi casa.

Encontré damascos secos en la caja de cartón, y me senté sobre una roca al borde de la altiplanicie. No había viento y el sol me daba calor. Estaba rodeada de silencio. Dormité con los damascos en mi boca, y no creí que hubiera carreteras o vías ferroviarias o ganado que robar.

Cuando desperté, miré la tierra negra de montaña a mis pies. Hormiguitas negras se amontonaban entre las agujas de pino. Debieron haber sentido el olor a damasco. Pensé en mi familia lejos allá abajo. Deberían estar preguntándose acerca de mí, porque esto no me había ocurrido nunca. La policía tribal haría un reporte. Pero si el bisabuelo no estuviera muerto les hubiera dicho qué estaba pasando; se hubiera reído y hubiera dicho: “Robada por un ka'tsina, un espíritu de la montaña. Volverá a casa, generalmente lo hacen.” Ellos son suficientes para manejar los asuntos de la casa. Mi madre y mi abuela criarán al bebé como me criaron a mí. Al encontrará a alguien más, y seguirán como antes, excepto que habrá una historia acerca del día en que desaparecí mientras caminaba junto al río. Silva había venido por mí; él dijo que lo había hecho. Yo no decidí irme. Solo fui. Las flores lunares florecieron en las colinas de arena antes del amanecer, justo mientras yo lo seguía. Eso es lo que pensaba mientras caminaba por el sendero a través del pinar.

## Literatura Norteamericana

Era mediodía cuando regresé. Cuando vi la casa de piedra recordé que había tenido la intención de volver a casa. Pero eso ya no tenía importancia, quizás porque había pequeñas flores azules creciendo en la llanura detrás de la casa de piedra y las ardillas grises jugaban entre los pinos cerca de la casa. Los caballos estaban en el corral, y había carcasas con carne colgando del lado en sombras del pinar grande frente a la casa. Las moscas zumbaban alrededor de la sangre coagulada que colgaba de las carcasas. Silva estaba lavándose las manos en un balde lleno de agua. Debía haberme oído llegar porque me habló sin darse vuelta.

“Te he estado esperando.”

“Fui a caminar por el pinar grande.”

Miré en el balde lleno de agua sangrienta donde flotaban pelos marrones y blancos de animal. Silva se quedó allí dejando gotear sus manos y examinándome a propósito.

“¿Vienes conmigo?”

“¿A dónde?” le pregunté.

“A vender la carne en Márquez.”

“Si estás seguro de que está bien.”

“Si no fuera así no te lo hubiese preguntado,” contestó.

Echó el agua antes de deshacerse del balde y lo puso boca abajo cerca de la puerta. Lo seguí hasta el corral y vi cómo les ponía la montura a los caballos. Aún junto a los caballos se lo veía alto, y le pregunté de nuevo si era navajo. No dijo nada; sólo dijo no con la cabeza y siguió cinchando la montura.

“Pero los navajos son altos.”

“Monta el caballo”, dijo, “y nos vamos.”

Lo último que hizo antes de partir hacia el empinado sendero fue agarrar el .30-30 que estaba en el rincón. Deslizó el rifle en la cartuchera que colgaba de su montura.

“¿No tratan de atraparte?”, pregunté.

“No saben quién soy.”

“Entonces ¿para qué trajiste un rifle?”

“Porque vamos a Márquez donde viven los mejicanos.”

El sendero se enderezaba en una saliente angosta empinada a ambos lados como la espina de un animal. De un lado podía ver adónde se dirigía el sendero alrededor de las grises colinas rocosas y desaparecía hacia el sudeste donde las mesas de arenisca pálida aparecían a la distancia cerca de casa. Del otro lado había un sendero que iba hacia el oeste, y mientras miraba muy a lo lejos pensé ver un pueblito. Pero Silva dijo que no, que estaba mirando al lugar equivocado, que sólo creí ver las casas. Después de eso dejé de mirar a la distancia; hacía calor y las flores silvestres cerraban sus pétalos profundamente amarillos. Sólo las cerosas flores de cactus florecían bajo el brillante sol, y vi cada color que puede tener un cactus en flor; los blancos y los rojos estaban aún en capullo; pero los purpúreos y los amarillos habían florecido, completamente abiertos y eran los más hermosos de todos.

Silva lo vio antes que yo. El blanco montaba un caballo gris, viniendo hacia nosotros por el sendero. Viajaba rápido y las patas del caballo gris mandaban las rocas del sendero hasta los arbustos rodantes secos. Silva hizo señas de que me detuviera y nos quedamos mirando al blanco.

## Literatura Norteamericana

No nos vio enseguida, pero finalmente su caballo relinchó a los nuestros y se detuvo. Nos miró brevemente antes de recorrer las trescientas yardas que lo separaban de nosotros. Detuvo el caballo frente a Silva, y su rostro joven y regordete quedó bajo la sombra de su sombrero. No nos miró mal, pero sus pálidos ojos pequeños se movían de los sacos empapados de sangre que colgaban de mi montura al rostro de Silva y luego a mi rostro.

“¿Dónde consiguieron esa carne fresca?” preguntó el blanco.

“Estuve cazando”, dijo Silva, y cuando acomodó su peso en la montura el cuero crujió.

“Mientes, indio. Has estado robando ganado. Hemos estado buscando al ladrón por mucho tiempo.”

El rancharo era gordo, y el sudor empezó a empapar su camisa vaquera blanca y la tela mojada se le pegaba a los rollos de grasa de la panza. Parecía casi estar jadeando por el esfuerzo de hablar, y olía rancio, quizás porque Silva le daba miedo.

Silva me miró y sonrió. “Da la vuelta y sube la montaña, Mujer Amarilla.”

El blanco se enojó cuando oyó a Silva hablar en un idioma que él no podía entender. “No intentes nada, indio. Sólo sigue camino a Márquez. Allí llamaremos a la policía estatal.”

El rancharo debe haber estado desarmado porque estaba muy atemorizado y si tenía un arma la tendría que haber sacado entonces. Volví mi caballo y el rancharo gritó: “¡Deténgase!” Miré a Silva por un instante y hubo algo antiguo y oscuro, algo que pude sentir en mi estómago, en sus ojos, y cuando miré de reojo su mano vi que tenía el dedo en el gatillo del .30-30 que aún estaba en la cartuchera de la montura. Le golpeé los flancos al caballo y los sacos de carne cruda se bambolearon contra mis rodillas en tanto el caballo trepaba el sendero. Fue difícil mantener el equilibrio, y por un momento pensé sentir que la montura se deslizaba hacia atrás; fue por eso que no pude mirar.

No me detuve hasta que alcancé la cresta en donde el sendero se bifurcaba. El caballo jadeaba y apareció una película oscura de sudor sobre su cuello. Miré abajo en la dirección de dónde venía, pero no pude ver el lugar. Esperé. El viento subía y empujaba aire cálido. Miré al cielo, azul pálido y lleno de delgadas nubes y rastros de vapor dejados por los aviones.

Creo que dispararon cuatro tiros; recuerdo haber oído cuatro explosiones huecas que me recordaron a la caza del ciervo. Podría haber habido más tiros después de eso, pero no pude oírlos porque mi caballo corría de nuevo y las rocas sueltas hacían mucho ruido al desperdigarse bajo sus patas.

A los caballos se les hace difícil correr cuesta abajo, pero tomé esa dirección en vez de hacia arriba de la montaña porque pensé que era más seguro. Me sentí mejor corriendo con el caballo hacia el sudeste más allá de las colinas redondas y grises cubiertas de cedros y rocas de lava negra. Cuando llegué a la llanura a la distancia pude ver los manchones verdes de alerces que crecían junto al río; y más allá del río pude ver el comienzo de las mesas de arenisca pálida. Detuve el caballo y miré atrás a ver si alguien venía; entonces me apeé y le hice dar la vuelta al caballo, preguntándome si volvería a su corral bajo los pinos en la montaña. Me miró por un momento y luego tomó un bocado de arbustos rodantes verdes antes de volver trotando al sendero con sus orejas apuntando hacia delante, llevando su cabeza elegantemente inclinada hacia un lado para evitar pisar las riendas sueltas. Cuando el caballo desapareció sobre la última colina, los sacos llenos de carne aún se bamboleaban a los golpes.

Caminé hacia el río por un camino forestal que sabía que eventualmente me llevaría a uno pavimentado. Pensaba esperar a la vera del camino a que alguien pasara, pero para la hora en que

## Literatura Norteamericana

llegué al pavimento había decidido que no era tan lejos para ir caminando y seguí el río de vuelta por donde Silva y yo habíamos venido.

El agua del río sabía bien, y me senté a la sombra de un grupo de sauces plateados. Pensé en Silva, y me sentí triste de dejarlo; además, había algo extraño acerca de él, y traté de entenderlo durante el camino de regreso a casa.

Volví al lugar a orillas del río donde él había estado sentado la primera vez que lo vi. Las hojas de sauces verdes que él cortara de la rama estaban aún tiradas ahí, marchitándose al sol. Vi las hojas y quise regresar con él, a besarlo y tocarlo, pero las montañas estaban demasiado lejos ahora. Y me dije a mí misma, porque lo creo, que alguna vez él volvería y me esperaría de nuevo en el río.

Seguí por el sendero río arriba hacia el *pueblo*. El sol se ponía, y cuando llegué a la puerta de mi casa pude sentir por el olor de la cena que estaban preparando. Pude oír sus voces dentro: mi madre le estaba diciendo a mi abuela cómo hacer Jell-O y mi esposo, Al, jugaba con el bebé. Decidí contarles que un navajo me había secuestrado, pero lamenté que el bisabuelo no estuviera vivo para oír mi historia porque eran las historias de Mujer Amarilla las que más le gustaban.

\*\*\*\*\*

## ***Contar historias (Storytelling)***

Deberías entender  
cómo era  
entonces,  
porque es igual  
incluso hoy.

-----

Hace tiempo ocurrió  
que su marido se fue  
a cazar ciervos  
antes del amanecer  
Y entonces ella se levantó  
y fue a buscar agua.  
Temprano a la mañana  
se fue caminando al río  
cuando el sol estaba sobre  
la gran mesa roja.

-----

Él la esperaba  
esa mañana  
entre el sauce y el tamarac  
junto al río.  
Hombre Búfalo  
en pantalones de búfalo  
“¿Ya llegaste?”  
“Sí,” él dijo.  
Estaba sonriendo.  
“Porque vine por ti”  
Ella miró  
el agua clara.  
“Pero ¿dónde pondré mi jarra?”  
“Boca abajo, aquí,” le dijo él,  
“en la ribera.”

-----

“Más te vale que tengas una buena historia,”  
Le dijo el marido,  
“sobre dónde estuviste los últimos  
diez meses y cómo explicas estos  
niños mellizos.”

-----



## Literatura Norteamericana

“¡No!” Ese chisme no puede ser cierto.  
Ella no se fugó  
Ella fue *raptada* por  
Un mexicano  
En la fiesta de Seama.  
Ya sabes  
mi hija  
no es  
*esa* clase de chica.

-----

Fue  
en el verano  
de 1967.  
Las noticias en la TV informaron  
de un secuestro.  
Cuatro mujeres Laguna  
y tres hombres navajos  
se fueron al norte  
por el Río Puerco  
en un Ford ‘56  
y el FBI y  
la policía estatal estaban  
como locos tras los rastros  
de botellas de vinos y  
panties de talla 42  
colgando de los arbustos y árboles  
a lo largo de la ruta.

“No nos pudimos escapar de ellas”, le dijo al policía más tarde.  
“Tratamos, pero ellas eran cuatro y  
nosotros sólo tres.”

-----

Era  
ese navajo  
de Álamo  
ya sabes,  
el alto  
buen mozo.

Me dijo  
que me mataría  
si no me iba con él  
Y luego  
llovió tanto  
y los caminos  
se pusieron muy barrocos.  
Es por eso  
que me llevó

tanto tiempo  
volver a casa.

-----

Mi marido  
me dejó  
después de oír la historia  
y se mudó de nuevo con su madre.  
Fue mi culpa y  
no se lo reprocho tampoco.  
Podría haber contado  
La historia  
mejor.

### ***Estoy-eh-muut y los Kunideeyahs***

Estoy-eh-muut, Niño flecha, apenas se había casado  
Y ya comenzaba a sentir  
que algo no estaba como debería ser.  
Algo se sentía fuera de lugar  
pero no sabía qué era.  
Al principio pensó  
deben ser las largas horas  
pasadas en los campos  
la preocupación por la sequía  
y el manantial que se secó.  
Pero una noche  
cuando estaba visitando a sus padres  
su hermana le preguntó  
si alguien había estado enfermo en su casa  
la noche anterior.  
“Nadie”, le dijo Estoy-eh-muut.  
“Vi a alguien anoche”  
su hermana le dijo,  
“Cuando me levanté con el bebé, miré  
al otro lado de la plaza y vi a alguien  
saliendo por tu puerta.”  
“Debes haber estado soñando”, le dijo Estoy-eh-muut.  
“Me habría enterado si alguien hubiera salido”.  
Pasaron los días y todavía Estoy-eh-muut sentía  
Que algo estaba fuera de lugar.  
Durmió toda la noche  
sin soñar  
pero por la mañana estaba exhausto.  
Mientras trabajaba en los campos  
el calor lo mareó y lo debilitó.  
Las plantas de maíz se habían enfermado ese año  
y los gusanos devoraron todas las plantas de frijol.  
Cuando le dijo a su esposa, Kochininako,

## Literatura Norteamericana

que tenía miedo de que algo estuviera pasando  
ella solo se rio  
y le dijo que se fuera a la cama más temprano.  
Así lo hizo  
pero a la mañana siguiente  
fue a ver  
a la anciana Mujer Araña  
que siempre ayudaba a la gente  
cuando se enfrentaban a grandes dificultades.  
Estaba sentada debajo de una planta de serpiente  
cerca de la entrada de su casa.  
“¡Oh, querido!” dijo Mujer Araña  
cuando lo vio.  
“¿Has estado enfermo?  
Entra, descansa un rato.”  
“¿Cómo puedo entrar?” Estoy-eh-muut preguntó.  
“Tu casa es muy pequeña”.  
“Adelante, pon el pie en la puerta”  
ella le dijo.  
Y cuando él lo hizo  
pudo entrar  
al agujero de la araña.  
“¿Qué pasa, nieto?”  
le preguntó la anciana Mujer Araña,  
“Tal vez pueda ayudarte”.  
“Algo no se siente bien, abuela,  
No sé qué es  
pero parece empeorar todo el tiempo.  
Especialmente por la mañana  
cuando me levanto,  
ahí es cuando es peor,  
un miedo por todos nosotros,  
eso me deja temblando el resto del día.  
“Entonces, sea lo que sea  
pasa por la noche  
mientras duermes”, le dijo la Mujer Araña.  
“Aquí, mi querido nieto,  
toma este polvo especial.  
Trágalo  
antes de que te vayas a la cama.  
El polvo te mantendrá  
despierto  
pero quiero que finjas  
estar durmiendo.  
No le digas a nadie  
ni siquiera a Kochininako.  
Espera.  
Mira qué pasa.”  
Entonces esa noche  
se tragó la medicina  
que la vieja Mujer Araña le había dado  
y se fue a la cama

## Literatura Norteamericana

y fingió dormir.  
Kochininako se fue a la cama poco después.  
pero él podía sentir  
por el sonido de su respiración  
que no estaba dormida.  
Cuando ella le toco el hombro  
no se movió.  
Ella entonces se levantó  
y silenciosamente salió de la habitación  
pero regresó  
y coloco algo en la cama  
a su lado.  
“Maíz morado oscuro”  
Kochininako dijo suavemente,  
“Mantén a Estoy-eh-muut dormido  
mientras estoy fuera.  
No dejes que se despierte  
hasta que yo regrese.”  
La mazorca de maíz morado oscuro  
tenía el poder de hacerlo dormir  
pero la medicina de la Mujer Araña  
protegió a Estoy-eh-muut de ello  
esa noche.  
Escuchó,  
pudo oír a Kochininako levantar la tapa  
de la olla de cocción.  
Pudo oírla envolver algo.  
Entonces se fue de la casa  
llevando comida con ella.  
Estoy-eh-muut la siguió  
preguntándose a dónde iba Kochininako  
en medio de la noche.  
La siguió al norte  
lejos del pueblo  
a un lugar entre las colinas  
donde hay muchas cuevas  
en los acantilados de arenisca.  
Olió humo de leña  
entonces pudo ver la tenue luz  
de una fogata dentro de una gran cueva poco profunda.  
Kochininako entró.  
Mientras Estoy-eh-muut se acercaba más  
podía escuchar el sonido hueco  
de voces humanas dentro de la cueva.  
Entonces supo:  
Ella era un miembro secreto  
del Clan Kunideeyah.  
Kochininako iba a una reunión  
de los Kunideeyahs,  
los Destruyores.  
“Kochininako, nuestra hermana”  
la saludaron

## Literatura Norteamericana

“Llegas tarde esta noche”.  
“Sí”, escuchó la respuesta de Kochininako.  
“A Estoy-eh-muut le tomó mucho tiempo  
llegarse a dormir.”  
“Sigamos adelante con nuestra reunión”,  
dijo el líder de los Kunideeyahs.  
“Cada uno de ustedes pasará por debajo  
de este arco de álamo y dirá  
qué forma animal quiere tomar.”  
“Quiero ser un oso”  
dijo el primero  
pasando por debajo del arco de álamo.  
“Quiero ser un cuervo”  
dijo el segundo.  
No pasó nada.  
“Algo está mal,”  
dijo el líder.  
“Kochininako, ve a ver  
si un extraño nos está espiando “.  
Kochininako salió  
como se le ordenara y  
allí encontró a Estoy-eh-muut,  
su marido,  
arrastrándose alrededor de la cueva.  
Por eso la magia  
no había funcionado.  
“Estoy-eh-muut está ahí fuera”  
les dijo.  
“Bueno, llévate a Estoy-eh-muut a casa”  
le dijeron.  
Esta vez tenía una pajita de escoba  
en su mano,  
dijo “¡Paja de escoba!  
¡Paja de escoba, pon a dormir a Estoy-eh-muut!”  
Y mientras ella hablaba  
Estoy-eh-muut de repente se sintió cansado  
y aunque trató de combatirlo  
se quedó dormido.  
Kochininako se llevó a su marido dormido  
al acantilado  
un acantilado cercano  
peligroso y escarpado.  
El acantilado se llamaba  
“Mah'de'haths”  
el lugar sin escape.  
Ella lo puso en el borde estrecho  
y regresó a su reunión.  
Los miembros del Clan Kunideeyah  
pasaron por debajo del arco de álamo  
cambiando a formas animales  
ahora que no había nadie  
para interferir con la magia.

## Literatura Norteamericana

Luego  
los Kunideeyahs fueron  
a realizar su trabajo nocturno  
proferir gritos extraños  
de lobos, pumas, coyotes y osos.  
La serpiente látigo Kunideeyah se arrastró hasta una casa  
y dejó un feo bulto  
de cabello humano y excrementos atados juntos  
para causar locura en esa casa.  
El oso Kunideeyah atacó  
a un viajero nocturno solitario de otro pueblo  
y se llevó el cuerpo.  
Usando camisas de piel de lobo  
otros Kunideeyahs  
pusieron en estampida a los ciervos de los lugares de caza  
para que la gente del pueblo pasara hambre.  
La serpiente toro estranguló a un bebé dormido  
y su compañero coyote  
se llevó el pequeño cadáver  
moviéndose a través de la noche  
haciendo su obra de destrucción.  
Cuando hubieron completado sus misiones  
los Kunideeyahs regresaron a la cueva  
y recuperaron sus formas humanas.  
Festearon a medianoche  
con el corazón del viajero asesinado  
y el cerebro del bebé.  
Cuando hubieron terminado  
cayeron el uno sobre el otro  
hombres abrazando a otros hombres  
mujeres agarrando cascabeles,  
la serpiente látigo Kunideeyah  
que ellas deseaban.  
Regresaron a sus casas  
antes del amanecer.  
Estoy-eh-muut despertó  
en una repisa tan estrecha  
que no podía moverse en ninguna dirección.  
“¡Oh, mi madre! ¡Oh, hermana mía!  
gritó,  
“Kochininako me ha puesto en la cornisa  
¡y no sé cómo bajar!”  
Dos pequeñas ardillas de tierra escucharon su voz  
 viniendo del acantilado que es  
imposible de alcanzar.  
Sabían que ninguna persona podría alcanzar  
esa repisa de roca viva  
así que se asustaron mucho  
pensando que lo que oían era  
una persona muerta llorando.  
Corrieron a casa  
y se escondieron en un montón de bellotas

## Literatura Norteamericana

para que solo sus ojitos brillantes  
asomaran.  
Cuando la Anciana Madre Ardilla de Tierra llegó a casa  
preguntó por qué se estaban escondiendo.  
Le dijeron que escucharon a un muerto  
llorando en el alto acantilado.  
“Los muertos nunca lloran”  
les dijo a sus hijos,  
“Vamos.  
Probablemente los Kunideeyahs hayan dejado alguna  
pobre víctima allá arriba para que muera.”  
Las ardillas de tierra se fueron  
al pie del alto acantilado  
donde escucharon una voz llorando  
“¡Oh, madre mía! ¡Oh, hermana mía!  
Kochininako me ha puesto en este acantilado  
¡y no sé cómo bajar!”  
“Oh, pobre nieto mío”  
clamó la Madre Ardilla de Tierra  
diciéndole  
“No debes moverte o te caerás.  
Te bajaré en cuatro días”.  
“Tengo tanta sed, abuela”.  
“Debes soportar tu sed, nieto.  
En cuatro días  
Veré que tengas agua.”  
Entonces la Anciana Ardilla de Tierra plantó  
cuatro semillas de piñón  
al pie del acantilado.  
Los regó todos los días  
y al cuarto  
las semillas se habían convertido en altos pinos  
alcanzando la cornisa justo donde  
yacía Estoy-eh-muut.  
Entonces las pequeñas ardillas de tierra le llevaron  
agua en pequeñas tazas de cáscara de bellota  
subiendo por el pino  
a la cornisa.  
Se necesitaron muchas tazas de bellota para satisfacer  
la sed de Estoy-eh-muut.  
Cuando recuperó sus fuerzas  
se bajó del pino  
y se fue a casa con la Vieja Ardilla de Tierra  
y sus hijos.  
Estoy-eh-muut era un gran cazador  
y traía a la familia  
muchos conejos y ciervos.  
Después de mucho tiempo allí  
estuvo listo para irse a casa.  
No había viajado lejos  
cuando escucho que alguien lo llamaba  
“¡Nieto! ¡Nieto! ¡aquí!”

## Literatura Norteamericana

Era la Vieja Mujer Araña  
llamando desde su casa  
debajo de una yuca.  
“¡Estoy-eh-muut! ¡Nieto!  
¿A dónde vas?”  
“Me voy a casa,”  
le dijo a ella,  
“Kochininako pertenece al Clan Kunideeyah  
y debo advertirle a la gente sobre ella.”  
“Oh mi querido nieto.  
Todavía no puedes irte a casa.  
Cuando Kochininako vea que no moriste  
en el acantilado  
intentará matarte.”  
“Pero ¿qué puedo hacer?”  
“Quédate aquí conmigo cuatro días  
mientras preparo algo  
para protegerte”, le dijo Mujer Araña.  
Así, Estoy-eh-muut esperó  
mientras la Mujer Araña tomaba fibras de yuca  
y comenzaba a tejer un anillo enrollado  
llamado *maas-guuts*  
usado para amortiguar las tinajas de agua  
que la gente cargaba  
en equilibrio sobre sus cabezas.  
Mientras ella lo tejía  
comenzó a aparecer un diseño inusual:  
la figura de una serpiente.  
Al cuarto día  
la Abuela Araña había completado  
el pequeño anillo de bobina tejida  
y le dio las instrucciones  
a Estoy-eh-muut:  
“Ahora escucha con mucha atención, nieto  
a lo que digo:  
No debes dejar  
que Kochininako te vea primero o  
te matará  
tan pronto como la veas...  
¡rápido!,  
arrójale este *maas-guuts*  
directamente a ella!”  
Estoy-eh-muut le dio a la Mujer Araña  
conejos y un ciervo que había traído  
y le agradeció toda su ayuda.  
Se acercó al pueblo  
con mucho cuidado desde la colina detrás de él.  
Esperó en la colina  
y cuando vio salir a Kochininako  
hizo rodar la bobina tejida colina abajo  
hacia ella,  
como la Mujer Araña le había dicho que debía hacerlo.



El anillo enrollado de  
fibra de yuca tejida  
fue rodando directamente hacia Kochininako  
pero cuando golpeó su pecho  
se convirtió en una serpiente de cascabel que la golpeó  
y la mató.

### ***“Mujer amarilla y belleza del espíritu”***

Primera publicación en la revista *Los Angeles Times Sunday*, Diciembre 29, 1994.

Desde pequeña, fui consciente de que era diferente. Me veía diferente a mis compañeros de juego. Mis dos hermanas también se veían diferentes. No nos parecíamos mucho a los otros niños Laguna Pueblo, pero tampoco nos veíamos muy blancas. En la década de 1880, mi bisabuelo había seguido a su hermano mayor hacia el oeste desde Ohio hasta el Territorio de Nuevo México para inspeccionar la tierra para el gobierno de los Estados Unidos. Los dos hermanos Marmon llegaron a la reserva Laguna Pueblo porque tenían un primo de Ohio que ya vivía allí. El primo de Ohio participaba en el envío de niños indios a miles de kilómetros de distancia de sus familias al gran internado indio del Departamento de Guerra en Carlisle, Pensilvania. Ambos hermanos se casaron con mujeres Laguna Pueblo de sangre pura. Mi bisabuelo se había casado primero con la hermana mayor de mi bisabuela, pero ella murió al dar a luz y dejó dos hijos pequeños. Mi bisabuela era quince o veinte años más joven que mi bisabuelo. Había asistido a la Escuela India de Carlisle y hablaba y escribía inglés maravillosamente.

La llamaba abuela A'mooh porque eso es lo que la oía decir cada vez que me veía. A'mooh significa “nieta” en la lengua Laguna. Recuerdo esta palabra porque su amor y su aceptación de mí cuando era pequeña fueron muy importantes. Inmediatamente sentí que algo en mi apariencia no era aceptable para algunas personas, blancas e indias. Pero no vi ningún signo de esa tensión o ansiedad en el rostro de mi amada abuela A'mooh.

La gente más joven, la gente de la edad de mis padres, parecía mirar el mundo de una manera más moderna. La forma moderna incluía el racismo. Mi apariencia física parecía no importarle a la gente de antaño. Miraban el mundo de manera muy diferente; la apariencia y las posesiones de una persona no importaban tanto como su comportamiento. Para ellos, el valor de una persona radica en cómo esa persona interactúa con otras, cómo esa persona se comporta con los animales y la tierra. Eso es lo que más le importa a la gente de antaño. La gente Pueblo creía esto mucho antes de que llegaran los puritanos con sus nociones de pecado, condenación y racismo. Las creencias de antaño persisten hoy; por lo tanto, me referiré a la gente de los viejos tiempos en tiempo presente y en pasado. Aquí pueden coexistir muchos mundos.

Pasaba mucho tiempo con mi bisabuela. Su casa estaba al lado de la nuestra, y solía despertarme al amanecer, horas antes que mis padres o hermanas menores, y esperaba en el columpio del porche o en los escalones de atrás junto a la puerta de la cocina. Se levantaba al amanecer, pero tenía más de ochenta años, por lo que necesitaba algún tiempo para vestirse y encender el fuego de la estufa. Mis padres me habían ordenado cuidadosamente que no la molestara y que me portara bien, y que tratara de ayudarla en todo lo que pudiera. Siempre me gustó la madrugada cuando el aire era tan fresco con un toque de olor a lluvia en la brisa. En el aire seco de Nuevo México, la menor pizca de humedad huele dulce.

El patio de mi bisabuela estaba plantado con lilas e iris; había cuatro en punto, cosmos, campanillas y malvarrosas, y rosales pasados de moda que le ayudaba a regar. Si la manguera del jardín se atascaba en una de las grandes rocas que bordeaban el camino en el patio, corría y la

## Literatura Norteamericana

sacaba. Eso es lo que venía a hacer cada mañana temprano: ayudar a la abuela a regar las plantas antes de que llegara el calor del día.

La abuela A'mooh contaba sobre los viejos tiempos, historias familiares sobre parientes que habían sido asesinados por asaltantes apaches que robaban las ovejas que nuestros parientes habían estado pastoreando cerca de Swanee. A veces leía historias bíblicas que nos gustaban a los niños por las ilustraciones de Jonás en la boca de una ballena y de Daniel rodeado de leones. La abuela A'mooh me enviaba a casa cuando tomaba la siesta, pero cuando el sol bajaba y la tarde comenzaba a refrescar, yo estaba de vuelta en el columpio del porche, esperando a que ella saliera a regar las plantas y acarrear la leña para la noche. Cuando la abuela tenía ochenta y cinco años, todavía cortaba su propia leña. Solía dejarme llevar el balde de carbón por ella, pero no me dejaba usar el hacha. También llevaba brazos cargados de leña y aprendí a estar orgullosa de mi fuerza.

Se me permitía escuchar en silencio cuando la tía Susie o la tía Alice venían a visitar a la abuela. Cuando tuve la edad suficiente para cruzar la calle sola, iba a visitarlas casi a diario. Eran mujeres vigorosas que valoraban los libros y la escritura. Por lo general, estaban ocupadas cortando leña o cocinando, pero nunca dudaron en tomarse el tiempo para responder a mis preguntas. Lo mejor de todo es que me contaron las historias de hummah-hah<sup>3</sup>, sobre una época anterior en la que los animales y los humanos compartían un lenguaje común. En los viejos tiempos, la gente Pueblo había educado a sus hijos de esta manera; los adultos se tomaban tiempo para hablar y enseñar a los jóvenes. Todos eran maestros y cada actividad tenía el potencial de enseñar al niño.

Pero tan pronto como comencé el jardín de infantes en la escuela diurna de la Oficina de Asuntos Indios, comencé a aprender más sobre las diferencias entre el mundo de Laguna Pueblo y el mundo exterior. Fue en la escuela que aprendí cuán diferente me veía de mis compañeros de clase. A veces, los turistas que pasaban por la Ruta 66 se detenían en Laguna Day School durante el recreo para tomar fotografías de nosotros, los niños. Un día, cuando estaba en primer grado, todos nos amontonamos alrededor de los sonrientes turistas blancos que nos miraban a la cara. Todos queríamos estar en la foto porque después los turistas a veces nos daban un centavo a cada uno. Justo cuando estábamos todos posando y listos para tomarnos una foto, el turista me miró. "Tú no", dijo y me indicó que me alejara de mis compañeros de clase. Me sentí tan avergonzada que quise desaparecer. Mis compañeros de clase estaban desconcertados por el comportamiento de los turistas, pero yo sabía que los turistas no me querían en su instantánea porque se me veía diferente, porque era en parte blanca.

En la visión de la gente de antaño, todos somos hermanas y hermanos porque la Madre Creadora nos hizo a todos, de todos los colores y todos los tamaños. Somos hermanas y hermanos, gente del clan de todos los seres vivos que nos rodean. Las plantas, los pájaros, los peces, las nubes, el agua, incluso la arcilla; todos están relacionados con nosotros. La gente de antaño creían que todas las cosas, incluso las rocas y el agua, tienen espíritu y ser. Entendieron que todas las cosas solo quieren seguir siendo como son; sólo necesitan ser dejados como son. Así, los viejos solían decirnos a los niños que no debíamos molestar a la tierra innecesariamente. Todas las cosas tal como fueron creadas ya existen en armonía unas con otras, siempre que no las molestemos.

Como nos cuenta la vieja historia, Tse'itsi'nako, la Mujer Pensamiento, la Araña, pensó en sus tres hermanas y, al pensar en ellas, surgieron a la existencia. Junto con la Mujer Pensamiento, pensaron en el sol y las estrellas y la luna. Las Madres Creadoras imaginaron la tierra y los océanos, los animales y la gente, y los espíritus ka'tsina que residen en las montañas. Las Madres Creadoras imaginaron todas las plantas que florecen y los árboles que dan fruto. Tal como lo pensaron la Mujer Pensamiento y sus hermanas, así surgió todo el universo. En este universo, no hay bien absoluto ni mal absoluto; sólo hay equilibrios y armonías fluctuantes. Algunos años el desierto recibe abundante lluvia, otros años hay muy poca lluvia y, a veces, hay tanta que las inundaciones

---

<sup>3</sup> Hummah-hah: Antaño. [N del T]

## Literatura Norteamericana

causan destrucción. Pero la lluvia en sí misma no es inocente ni culpable. La lluvia es simplemente ella misma.

Mi bisabuela era morena y guapa. Su expresión en fotografías es de confianza y fuerza. No sé si la gente blanca entonces o ahora la consideraría hermosa. No sé si la gente Laguna Pueblo de antaño la consideraba hermosa o si la gente de antaño pensaba en esos términos. Para la manera de pensar de los Pueblos, el acto de comparar un ser vivo con otro era tonto, porque cada ser o cosa es único y, por lo tanto, incomparablemente valioso porque es el único de su tipo. La gente de antaño pensaba que era una locura atribuir tanta importancia a la apariencia de una persona. Comprendí muy pronto que había dos formas distintas de interpretar el mundo. Estaba la manera de la gente blanca y la manera de la gente Laguna. A la manera de la gente Laguna, era de mala educación hacer comparaciones que pudieran herir los sentimientos de otra persona.

En la vida cotidiana Pueblo, no se prestaba mucha atención a la apariencia física ni a la vestimenta. La vestimenta ceremonial era bastante elaborada, pero se usaba solo para las danzas sagradas. Las sociedades tradicionales de los pueblos eran comunales y estrictamente igualitarias, lo que significa que no importa cuán bien o mal se hayan vestido, no había una escala social desde la cual caer. Todos los alimentos y otros recursos eran estrictamente compartidos para que ninguna persona o grupo tuviera más que otro. Menciono el estatus social porque me parece que la mayoría de las definiciones de belleza en la cultura occidental contemporánea son realmente códigos para determinar el estatus social. Las personas ya no ocultan sus estiramientos faciales y discuten sus liposucciones porque el punto de los procedimientos no es solo cosmético, sino social. Le dice al mundo: “Tengo suficiente dinero extra para poder costearme una cirugía con fines estéticos”.

En el mundo Pueblo de antaño, la belleza se manifestaba en el comportamiento y en las relaciones personales con otros seres vivos. La belleza era tanto una sensación de armonía como un efecto visual, auditivo o sensual. Toda la persona tenía que ser bella, no solo la cara o el cuerpo; las caras y los cuerpos no podían separarse de los corazones y las almas. La salud era primordial para lograr este sentido de bienestar y armonía; en el mundo Pueblo de antaño, una persona que no parecía saludable inspiraba sentimientos de preocupación y ansiedad, no sentimientos de bienestar propio. Una persona sana, por supuesto, está en armonía con el mundo que la rodea; también está en paz consigo misma. Por lo tanto, una persona infeliz o una persona rencorosa no se considerarían bellas.

En los viejos tiempos, las mujeres fuertes y fornidas eran las más admiradas. Uno de mis recuerdos preescolares más vívidos es del grupo de mujeres Laguna, en sus cuarenta y cincuenta años, que vinieron a cubrir nuestra casa con yeso de adobe. Manejaron las escaleras con gran facilidad, y mientras dos mujeres molían el barro de adobe sobre piedras y añadían paja, otra mujer cargaba el balde con barro y se lo pasaba a las dos mujeres en las escaleras, que estaban alisando el yeso en la pared con sus manos. Como las mujeres eran propietarias de las casas, hicieron el enlucido. En Laguna, los hombres hacían la cesta y el tejido de los textiles finos; los hombres también ayudaban mucho con el cuidado de los niños. Debido a que el Creador es femenino, no hay estigma en ser mujer; el género no se usa para controlar el comportamiento. Ningún trabajo era el trabajo de un hombre o el trabajo de una mujer; la persona más capaz hacía el trabajo.

Cuando era una adolescente, mi abuela Lily había sido mecánica de Ford Modelo A. Recuerdo que cuando yo era joven, ella siempre estaba reparando lámparas y electrodomésticos rotos. Era pequeña y enjuta, pero podía levantar el equivalente a su peso en techos enrollados o en cajas de clavos. Cuando tenía setenta y cinco años, todavía reparaba lavadoras que funcionaban con monedas en la lavandería de mi tío.

La gente de antaño no le prestaba atención a la edad. Cuando una persona estaba lista para hacer algo, lo hacía. Cuando ya no podía hacerlo, se detenía. Por lo tanto, la gente Pueblo tradicional no se preocupaba por el envejecimiento ni por verse viejos, porque no había límites sociales trazados por el paso de los años. No era sorprendente que los jóvenes se casaran con

## Literatura Norteamericana

mujeres tan grandes como sus madres. Nunca escuché a nadie hablar sobre el “trabajo de mujeres” hasta que dejé Laguna para ir a la universidad. El trabajo estaba allí para que lo hiciera cualquier persona sana que quisiera hacerlo. Al mismo tiempo, en el mundo Pueblo de antaño, se reconocía que la identidad estaba siempre en flujo; en las viejas historias, una diminuta Mujer Araña es una pequeña araña debajo de una planta de yuca, y al instante siguiente es una abuela alegre que pasa por el camino.

Mientras crecía, había un joven de una aldea cercana que usaba esmalte de uñas y blusas de mujer y se hacía la permanente. La gente prestaba poca atención a su apariencia; él siempre era parte de un grupo de otros jóvenes de su aldea. Nadie se burlaba nunca de él. Las comunidades de los Pueblos eran y siguen siendo muy interdependientes, pero también tienen que ser tolerantes con las excentricidades individuales porque la supervivencia del grupo significa que todos tienen que cooperar.

En el viejo mundo Pueblo, las diferencias se celebraban como signos de la gracia de la Madre Creadora. Las personas nacidas con diferencias físicas o sexuales excepcionales eran muy respetadas y honradas porque sus diferencias físicas les daban posiciones especiales como mediadores entre este mundo y el mundo espiritual. El gran curandero navajo de la década de 1920, Crawler [el que reptó], tenía una joroba y no podía caminar erguido, pero podía curar incluso los casos más difíciles.

Antes de la llegada de los misioneros cristianos, un hombre podía vestirse de mujer y trabajar con las mujeres e incluso casarse con un hombre sin ninguna fanfarria. Del mismo modo, una mujer era libre de vestirse como un hombre, cazar e ir a la guerra con los hombres y casarse con una mujer. En la antigua cosmovisión Pueblo, todos somos una mezcla de hombre y mujer, y esta identidad sexual está cambiando constantemente. La inhibición sexual no comenzó hasta que llegaron los misioneros cristianos. Para las personas de antaño, el matrimonio se trataba de trabajo en equipo y relaciones sociales, no de excitación sexual. En los días previos a la llegada de los puritanos, el matrimonio no significaba el fin de las relaciones sexuales con personas distintas de su cónyuge. Las mujeres tenían las mismas probabilidades que los hombres de tener un si'ash o un amante.

Una nueva vida era tan preciosa que el embarazo siempre era apropiado, y el embarazo antes del matrimonio se celebraba como una buena señal. Dado que los niños pertenecían a la madre y su clan, y las mujeres poseían y legaban las casas y las tierras de cultivo, la determinación exacta de la paternidad no era crítica. Aunque se valoraba la fertilidad, la infertilidad no era un problema porque las madres con embarazos no planificados daban sus bebés a parejas sin hijos dentro del clan en acuerdos de adopción abierta. Lxs niñxs también llamaban “madre” a las hermanas de su madre y unx niñx se relacionaba con varias figuras de padres.

En las ceremonias sagradas de kiva, los hombres se enmascaran y se visten como mujeres para rendir homenaje y ser poseídos por las energías femeninas de los seres espirituales. Debido a que las diferencias en la apariencia física eran tan altamente valoradas, la cirugía para cambiar la cara y el cuerpo de uno para que se parezca a la cara y el cuerpo de un modelo sería inimaginable. Ser diferente, ser único era una bendición y era lo mejor de todo.

La ropa tradicional de las mujeres Pueblo enfatizaba la robustez de una mujer. Las polainas de gamuza envueltas alrededor de las piernas la protegían de rasguños y lesiones mientras trabajaba. Cuantas más capas de gamuza, mejor. Todas esas capas les daban a sus piernas la apariencia de fuerza, como troncos de árboles robustos. Para demostrar la sororidad y la hermandad con las plantas y los animales, la gente de antaño hace máscaras y disfraces que transforman las figuras humanas de los bailarines en los animales que retratan. Los bailarines pintan su piel expuesta; sus posturas y movimientos son adaptados de sus observaciones. Pero los movimientos son estilizados. Quien observa no ve un águila o un ciervo reales bailando, sino que es testigo de un ser humano, un

## Literatura Norteamericana

bailarín, que se transforma gradualmente en una mujer/búfalo o un hombre/ciervo. Cada impulso es para reafirmar las relaciones urgentes que los seres humanos tienen con el mundo animal y vegetal.

En el país de la alta meseta desértica, toda la vegetación, incluso las malas hierbas y las espinas, se vuelve especial, y toda la vida es preciosa y hermosa porque sin las plantas, los insectos y los animales, los seres humanos que viven aquí no pueden sobrevivir. Quizás los seres humanos notaron hace mucho tiempo el impacto devastador que la actividad humana puede tener en las plantas y los animales; tal vez esta sea la razón por la cual las culturas tribales idearon las historias acerca de humanos y animales casándose entre sí, y los clanes que unen a los humanos con los animales y las plantas a través de todo un complejo de deberes.

Nosotros, los niños, siempre fuimos advertidos de no dañar las ranas o los sapos, los amados hijos de las nubes de lluvia, porque se producirían terribles inundaciones. Recuerdo que en el verano los viejos solían meter grandes cápsulas de algodón en el exterior de sus puertas de malla como cebo para evitar que las moscas entren en la casa cuando se abría la puerta. Las personas mayores se resistían firmemente a la matanza de moscas porque una vez, hace mucho, mucho tiempo, cuando los seres humanos estaban en un gran problema, una mosca verde botella llevó los mensajes desesperados de los seres humanos a la Madre Creadora en el Cuarto Mundo, debajo de este. Los seres humanos habían encolerizado a la Madre Creadora al descuidar el altar de la Madre Maíz mientras ellos incursionaban en la brujería y la magia. La Madre Creadora desapareció, y con ella desaparecieron las nubes de lluvia, y también las plantas y los animales. La gente comenzó a morir de hambre, y no tenían forma de alcanzar a la Madre Creadora abajo. La Mosca Verde Botella llevó el mensaje a la Madre Creadora, y la gente se salvó. Para mostrar su gratitud, los ancianos se negaban a matar cualquier mosca.

Las viejas historias demuestran las interrelaciones que la gente del Pueblo ha mantenido con sus clanes de plantas y animales. En las viejas historias Kochininako, Mujer Amarilla, representa a todas las mujeres. Sus acciones abarcan todo el espectro del comportamiento humano y son en su mayoría actos heroicos, aunque en al menos una historia, elige unirse al secreto Clan Destructor, que adora la destrucción y la muerte. Debido a que la cosmología Laguna Pueblo cuenta con una Creadora femenina, el estatus de las mujeres es igual al de los hombres, y en las viejas historias las mujeres aparecen como figuras heroicas tan a menudo como los hombres. La Mujer Amarilla es mi favorita porque se atreve a cruzar los límites tradicionales del comportamiento común en tiempos de crisis para salvar al Pueblo; su poder radica en su coraje y en su desinhibida sexualidad, que las historias Pueblo de antaño celebran una y otra vez porque la fertilidad era muy valorada.

Las viejas historias siempre cuentan que la Mujer Amarilla era hermosa, pero recuerdan que las personas de los viejos tiempos no estaban pensando tanto en las apariencias físicas. En cada historia, la belleza que posee la Mujer Amarilla es la belleza de su pasión, su audacia y su fuerza para actuar cuando la catástrofe es inminente.

En una historia, la gente está sufriendo durante una gran sequía acompañada de hambruna. Cada día, Kochininako tiene que caminar más y más lejos del pueblo para encontrar agua fresca para su esposo e hijos. Un día viaja lejos, muy al este, a las llanuras, y finalmente localiza un manantial de agua dulce. Pero cuando llega a la laguna, el agua se agita violentamente como si algo grande acabara de salir de la laguna. Kochininako no quiere ver qué criatura enorme había estado en la laguna, pero justo cuando llena su jarra de agua y se da vuelta para apresurarse, un hombre fuerte y sexualmente atractivo con pantalones de piel de búfalo aparece junto a la laguna. Pequeñas gotas de agua brillan en su pecho. Ella no puede evitar mirarlo porque él es tan fuerte y hermoso a la mirada. Capaz de transformarse de humano a búfalo en un abrir y cerrar de ojos, Hombre Búfalo se aleja con ella en ancas. Kochininako se enamora de Hombre Búfalo, y debido a este enlace, la Gente Búfalo acepta entregar sus cuerpos a los cazadores para alimentar al Pueblo hambriento. Así, la audaz sensualidad de Kochininako da como resultado la salvación de las personas de su aldea, que se salvan por la carne que las Gente Búfalo les “dan”.

## Literatura Norteamericana

Mi padre nos enseñó a mis hermanas ya mí a disparar rifles 22 cuando teníamos siete años; Fui a cazar con mi padre cuando tenía ocho años, y maté mi primer venado cuando tuve trece años. Las historias de Kochininako siempre fueron mis favoritas porque Mujer Amarilla tenía muchas aventuras. En una historia, mientras caza conejos para alimentar a su familia, un monstruo gigante la persigue, pero ella tiene el coraje y la presencia de ánimo para burlarlo.

En otra historia, Kochininako tiene una aventura con Hombre Remolino y regresa a su esposo diez meses después con bebés gemelos. Los gemelos crecen para ser grandes héroes de la gente. Una vez más, la vibrante sexualidad de Kochininako beneficia a su gente.

Las historias sobre Kochininako me hicieron consciente de que a veces una persona debe actuar a pesar de la desaprobación, la preocupación por las apariencias o lo que otros puedan decir. De las aventuras de la Mujer Amarilla, aprendí a estar cómoda con mis diferencias. Incluso imaginé que la mujer amarilla tenía piel amarilla, cabello castaño y ojos verdes como los míos, aunque su nombre no se refiere a su color, sino al color ritual del este.

Ha habido muchos otros momentos como el de la turista con la cámara en el patio de la escuela. Pero la gente de antaño siempre dice, recuerda las historias, las historias te ayudarán a ser fuerte. Así que todos estos años he dependido de Kochininako y las historias de sus aventuras.

Kochininako es hermosa porque tiene el coraje de actuar en tiempos de gran peligro, y su triunfo se logra mediante su sensualidad, no a través de la violencia y la destrucción. Por estas cualidades del espíritu, la mujer amarilla y todas las mujeres son hermosas.

<b>LESLIE MARMON SILKO .....</b>	<b>1</b>
LO QUE EL HOMBRE TORBELLINO LE DIJO A KOCHININAKO, MUJER AMARILLA.....	1
MUJER AMARILLA .....	1
CONTAR HISTORIAS (STORYTELLING).....	8
ESTOY-EH-MUUT Y LOS KUNIDEEYAHs.....	10
“MUJER AMARILLA Y BELLEZA DEL ESPÍRITU” .....	17